
CAPÍTULO XVII.

COSTA-RICA.

SUMARIO.

1. *Instalación del primer Congreso.*—2. *Observaciones.*—3. *Mal-estar del país.*—4. *Un rasgo necrológico.*—5. *Contrabando.*—6. *Entra al Ministerio el Coronel José María Cañas.*—7. *Obras públicas.*

1.—En mayo de 49 se instaló el primer Congreso proveniente de la ley fundamental de 1848.

Con tal motivo "El Costarricense," semanario del Gobierno, disertó sobre la conveniencia de afianzar las instituciones.

Dijo que el pueblo de Costa-Rica es morigerado y laborioso, sumiso á las leyes y obediente á las autoridades.

2.—Esto es verdad; pero tan elevadas cualidades en el pueblo exigen en el Gobierno virtudes cívicas que se hallen á la misma altura.

Costa-Rica es un país excepcional en lo que se llama América Latina.

Su población es homogénea. No hay allí rivalidades de razas.

Las repúblicas hispano-americanas reflejan la índole y el carácter de las diversas provincias de España de que proceden, y Costa-Rica exhibe el amor á la agricultura, la dedicación á las faenas de campo y la poca afición y falta de deleite por lo que es pura-

mente teórico é imaginativo, cualidades que se encuentran en regiones muy marcadas de la Península.

No vemos en Costa-Rica millares de indios bárbaros dominados por curas sanguinarios y fanáticos.

No existen las costumbres inveteradas y oscurantistas que encarnaron los Gobiernos de la casa de Austria y de Borbón en las capitales de los Vireinatos y de las Capitanías Generales que se hallaban bajo la Corona de Castilla.

En Méjico la lucha de la reforma comenzó cuando se hizo la independencia.

El clero y la aristocracia defendieron sus privilegios, y las secciones humanistas emprendieron un combate que ha hecho derramar sangre en abundancia, interviniendo en él Europa y los Estados Unidos de América.

En Costa-Rica no hubo condes ni marqueses.

Jamás se conoció allí la nobleza titulada.

Toda la aristocracia consistía en tres ó cuatro familias de Cartago, que estando al nivel de las demás, se entretenían en contar algunas anécdotas insignificantes en que hacían consistir la alcurnia de sus mayores.

No hubo allí alto clero.

El primer prelado eclesiástico era un Vicario sujeto al Obispo de León de Nicaragua.

Esta ausencia de grandes prebendados fué un bien que el Doctor Castro por vanidad no podía soportar.

Él se empeñaba en que Costa-Rica tuviera una catedral, un obispo y un cabildo de canónigos con su correspondiente colegio tridentino y á tal objeto se dirigía una parte de sus esfuerzos. (*)

Desde que hubo todo esto comenzó la lucha que jamás se había visto en Costa-Rica, entre la autoridad civil y la eclesiástica.

3.—Sin embargo de las grandes cualidades del pueblo no había tranquilidad. Se notaba en todas partes zozobra y malestar.

Si el pueblo de Costa-Rica es morigerado y laborioso, sumiso á las leyes y obediente á las autoridades, en los círculos que lo dominan no faltan las sombras que se ven en todo el mundo y que se marcan más en los pequeños países donde no se agitan en clubs

(*)—Castro no llegó á ver la catedral anhelada; pero la vió su sucesor, y el primer Obispo de Costa-Rica quiso imponer al país nuevos diezmos sobre el café: no permitió que los curas pagaran una módica pensión al lazareto y fué preciso deterrarlo.

ni en ateneos, en academias y en congresos las grandes cuestiones que en sociedades extensas agitan á la humanidad.

Castro tenía enemigos que deseaban despojarlo del mando.

Se le hacían cargos sin cesar; pero muchos de ellos eran insignificantes.

No se le acusaba por haber segregado á Costa-Rica del resto de Centro-América contribuyendo así al aniquilamiento de toda esperanza sobre reorganización nacional.

Se le acusaba por tener en un destino secundario colocado á un individuo en vez de otro.

No se le combatía porque solicitaba un protectorado extranjero, sino porque el Ministro que iba á Europa gozaba de tantos pesos y no de cuantos.

Nada se decía del Doctor Castro porque iba á traer sobre Costa-Rica las calamidades que el Clero-catedral ha hecho sentir en todas partes; pero sí se le combatía porque á su juicio el Obispo debía ser una persona en vez de otra.

El pueblo no comprendía que el primer Obispo costarricense querría imponerle diezmos sobre el café.

No sabía si era bueno que la Constitución fuese unicamarista ó bicamarista, ni que tuviera el veto el Poder Ejecutivo.

Él guiaba sus bueyes con tino y acierto y no le importaba lo demás.

Pero llegó un asunto que le tocaba muy de cerca: la baja del café que se experimentó en ese tiempo.

Ese mal, que no venía del Presidente sino de la situación de Europa, molestó al pueblo.

Agentes de la oposición se empeñaban en circular ideas absurdas y en hacer creer que el Gobierno era responsable de aquel infortunio.

El pueblo habría podido hacer cargos á los opositores, de algunas bajas del café localizadas en Costa-Rica y procedentes de círculos monopolistas; pero á tanta altura no llegaban por entonces sus conocimientos en el asunto. Los han ido adquiriendo posteriormente.

Este malestar colocaba al Presidente en una situación difícil que diariamente iba en aumento.

4.—En el semanario oficial correspondiente al 26 de mayo de 1849 se halla un rasgo necrológico que da idea de algunas tendencias hacia el progreso que entonces aparecían en San José de Costa-Rica.

Se habla de la muerte de la Señorita Manuela Escalante y Navas, de edad de 25 años, poco más ó menos, y se asegura que en los primeros tiempos de su vida leyó libros y panfletos sin elección y sin pausa y que en seguida la historia y la literatura fueron su estudio favorito.

Se afirma que en muchos volúmenes había leído lo que se narró en Grecia desde Herodoto hasta Plutarco, lo que se narró en Roma desde Tito Livio hasta Tácito, y lo que han narrado después los historiadores ulteriores desde la irrupción de los bárbaros hasta la época presente.

Se asegura que aquella Señorita, investigadora profunda de los fenómenos del pensamiento, arrojó la metafísica de Tracy y estudió su ideología.

Se sostiene que ávida de conocimientos y dotada de un gusto delicado se lanzó al florido campo de la literatura y saboreó los principios elementales de las ciencias en los cuadros ingeniosos de Duval; y se concluye diciendo que la geología la colocaba en dificultades porque esa ciencia nueva destruye todas las creencias.

Es posible que este artículo, escrito talvez por una pluma entusiasta, exagere el mérito; pero puede asegurarse que la reputación literaria de la Señorita Escalante no era costarricense sino centro-americana.

Costa-Rica fué algunas veces, por acontecimientos políticos de la América del Sur y del Centro, el punto de reunión de emigrados notables por su inteligencia y su saber, y la casa de la familia que llevaba el nombre de Escalante era entonces un centro de reunión y de buena sociedad.

Y muchas de las personas que allí concurrían expresaban pensamientos relativos á la Señorita Escalante análogos á los que se hallan consignados en el rasgo necrológico de que ahora se habla.

Esto prueba que el año de 49 se presentaba una tendencia á que el bello sexo no sólo valiera por su belleza sino por su inteligencia y su ilustración.

5.—En el período de que se trata no se hallaba floreciente la hacienda pública, y el mal en parte se atribuía á la clandestina introducción de mercaderías extranjeras.

El contrabando era entonces el punto objetivo de la prensa oficial.

Se aseguraba que los mayores contrabandistas eran los más poderosos negociantes y por consiguiente los hombres de más influencia en la República.

Se les combatía; se hablaba y se escribía contra ellos severamen-

te, todo lo cual los indignaba é iban en aumento las filas de la oposición.

No puede decirse con un filósofo poeta que el único medio de impedir los contrabandos es suprimir las alcabalas.

Pueden disminuirse mucho rebajando los derechos de introducción.

Siendo estos bajos el contrabandista, haciendo introducciones clandestinas, gana poco y arriesga mucho.

En tal caso no se lanza fácilmente al contrabando.

Las altas tarifas producen efectos contrarios á los que sus autores se proponen.

Disminuyen las introducciones, aumentan el contrabando y dificultan la vida encareciendo todo lo que los consumidores apetecen.

6.—Castro llamó al Ministerio de Hacienda, Guerra y Marina al Coronel José María Cañas, salvadoreño de origen, costarricense por adopción y cuñado del Ciudadano Juan Rafael Mora, de quien ya se ha hablado en estos libros.

Castro creyó que el nombramiento de Cañas le atraería círculos mercantiles y políticos que no estaban de acuerdo con su administración.

No fué así.

No se trataba entonces de programas legislativos ni de gabinete.

No había allí serviles ni liberales. Habría sido muy difícil exhibir un hombre que genuinamente representara la escuela humanista y otro que fuera el reflejo del oscurantista.

No había más que ambiciones personales y de círculo.

Sin embargo, se atribuían al Presidente tendencias que se creía revelaban vanidad y propósitos de perpetuarse en el mando.

Estos cargos llegaron á ser tan exagerados y absurdos que hubo quien difundiera la voz de que el Doctor Castro pretendía hacerse rey, y no faltaron enemigos que supusieran que ya tenía en su casa preparado el manto real.

Habían dado lugar á estas ridículas acusaciones algunos asertos del General Juan José Flores públicamente emitidos.

Flores decía que el mejor gobierno posible es el que amalgama el orden con la libertad; y veía esta amalgama en la monarquía constitucional.

Él había proyectado con el auxilio de Doña María Cristina de Borbón, convertir en Monarquía la República del Ecuador.

Flores era amigo íntimo del Doctor Castro y tenía grande influencia en su Gobierno.

Todo esto hizo que algunos enemigos del Presidente dijeran, creyéndolo ó sin creerlo, que el Doctor Castro pretendía convertir á Costa-Rica en una Monarquía constitucional!

7.—Respecto de obras públicas algo se hacía entonces.

Se había concluido un hermoso puente sobre el río Torres; se comenzaban á fabricar otros dos y se acumulaban materiales para construir una cárcel.

En Heredia se habían emprendido los trabajos de una cañería para llevar el agua potable á la ciudad.

No había empeño en levantar muchos edificios religiosos.

No se conocía entonces el fanatismo en Costa-Rica, porque aquel país no había tenido obispos, monjes ni monjas.

Muy raras eran las personas que habían sido confirmadas, y el pueblo de aquel Estado, sin embargo, se presentaba como un modelo de moralidad en toda la América Central.